

## LIBRO CUARTO.

¡Con qué velocidad pasamos por esta tierra! Antes que conozcamos el uso de la vida, ya es ido el primer cuarto: el cuarto postrero huye cuando hemos cesado de disfrutarla. Primero no sabemos vivir; en breve ya no podemos; y del intervalo que separa estos dos extremos inútiles, los tres cuartos del tiempo restantes se los llevan el sueño, la fatiga, el dolor, la sujecion, todo género de penalidades. La vida es corta, no tanto por lo poco que dura, cuanto porque de eso poco apenas hay rato que gocemos de ella. Vano es que la hora de la muerte esté distante del punto del nacimiento; sobrado breve será la vida, si no se llena bien este espacio.

Dos veces, por decirlo así, nacemos; una para existir, otra para vivir; para la especie la una, y la otra para el sexo. Sin duda yerran los que miran á la mujer como un hombre imperfecto; la analogía exterior milita en favor de ellos. Hasta la edad nubil no descubren las criaturas de ambos sexos apariencias ninguna que las distinga; el mismo semblante, la misma figura, el mismo color, en todo son iguales: criaturas son los chicos, y criaturas las chicas; un mismo nombre califica seres tan semejantes. Los varones á quienes estorban el ulterior desarrollo del sexo, toda su vida conservan esta conformidad, y siempre son criaturas adultas; y las mujeres, que no la pierden, parece que bajo muchos aspectos nunca sean otra cosa.

Sin embargo, en general no está destinado el hombre á permanecer siempre en la niñez, pues sale de ella en la época que ha prescrito la naturaleza, y aunque bien fugaz este instante critico, su influjo se extiende muy adelante.

Como antecede de lejos á la tormenta el bramido de la mar, así anuncia esta tempestuosa revolucion el murmullo de las nacientes pasiones, y una sorda fermentacion avisa que se acerca el peligro. Mudanza de genio, frecuentes enfados, agitacion continua de ánimo tornan casi indisciplinable el niño; sordo ahora á la voz que oía con docilidad, es el leon con la calentura; desconoce á quien le guía, y no quiere ya ser gobernado.

Con los signos morales de una índole que se altera, se unen sensibles mudanzas en todo su exterior. Desenvuélvese su fisonomía, y se imprime en ella su sello característico; pardea y toma consistencia el vello suave que crece bajo sus mejillas: muda su voz, ó mas bien la pierde; no es niño, ni hombre, y no puede tomar el habla de uno ni de otro. Sus ojos, los órganos del alma, que hasta ahora nada decian, hallan su expresion y su lengua; animalos un ardor naciente; todavia reina la santa inocencia en sus vivas miradas, empero ya han perdido su primera sencillez: y advierte que pueden decir mucho; empieza á saber bajarlas y á sonrojarse; se hace sensible antes de saber lo que siente, y está inquieto sin motivo para estarlo. Despacio puede todo esto venir; y dejarte tiempo todavia; pero si es sobrado impaciente su viveza, si se convierte en furia su arrebato, si de un instante á otro se enternece y se irrita; si vierte llanto sin causa, si, cuando se arrima á los objetos que empiezan á serle peligrosos, se agita su pulso y sus ojos se inflaman, si se extremece cuando la mano de una mujer toca su mano, si ante ella se turba y se intimida: Ulises, cuerdo Ulises, mira por tí; abiertas están las odres que con tanto afan guardabas cerradas; sueltos están ya los vientos; no abandones un punto el timon, ó todo se ha perdido.

Este es el segundo nacimiento de que he hablado; aquí nace de verdad el hombre á la vida, y nada humano es ajeno de él. Hasta aquí nuestros afanes no han sido otra cosa que juegos de niños; ahora es cuando adquieren verdadera importancia. Esta época, en que se concluyen las educaciones ordinarias, es propiamente aquella en que ha de empezar la nuestra; mas para

exponer bien este nuevo plan, tomemos desde antes el estado de las cosas que tienen relacion con él.

Nuestras pasiones son los principales instrumentos de nuestra conservacion: luego tan vana como ridicula empresa es intentar destruirlas, que es censurar la naturaleza, y querer reformar la obra de Dios. Si dijera Dios al hombre que aniquilase las pasiones que le da, querría Dios y no querría, y se contradeciría á sí propio. Nunca dictó tan desatinado precepto, no hay escrita semejante cosa en el corazon humano; y lo que quiere Dios que haga un hombre, no hace que otro hombre se lo diga; se lo dice él mismo, y lo escribe en lo íntimo de su corazon.

Al que quisiera estorbar que naciesen las pasiones, casi por tan loco le tendría yo como al que quisiese aniquilarlas; y ciertamente me habrian entendido muy mal los que creyesen que semejante proyecto hubiera sido el mio hasta aquí.

¿Pero argumentaria bien quien, de que es natural al hombre tener pasiones, dedujese que son naturales todas cuantas sentimos en nosotros y vemos en los demás. Natural es su fuente, es verdad, mas corre abultada por mil raudales extraños; y es un caudaloso rio que sin cesar se enriquece con nuevas aguas, y en que apenas se encontrarian algunas gotas de las suyas primitivas. Nuestras pasiones naturales son muy ceñidas; instrumentos de nuestra libertad, y que conspiran á nuestra conservacion: todas cuantas nos esclavizan y nos destruyen, no nos las da la naturaleza, nos las apropiamos nosotros en detrimento suyo.

La fuente de nuestras pasiones, el origen y principio de todas las demás, la única que nace con el hombre, y mientras vive nunca le abandona; es el amor de sí mismo: pasion primitiva, innata, anterior á cualquiera otra, cuyas modificaciones en cierto sentido son todas las demás; y en este son todas, si queremos, naturales. Pero la mayor parte de estas modificaciones tienen causas extrañas, sin las cuales nunca existirian; y estas modificaciones, lejos de sernos provechosas, nos son perjudiciales, pues mudan su primer objeto, y pugnan con su principio: entonces se encuentra el hombre fuera de la

naturaleza y se pone en contradiccion consigo mismo.

Siempre es bueno el amor de sí mismo, pero conforme al orden. Encargado con especialidad cada uno de su propia conservacion, su mas importante y primera solicitud debe ser el velar sobre ella continuamente: ¿y cómo ha de estar siempre en vela, si no le mueve el mas vivo interés?

Por tanto, es preciso que nos amemos para conservarnos, y que nos amemos mas que todas las cosas; por consecuencia inmediata de este mismo afecto, amamos lo que nos conserva. Todo niño se aficiona á su nodriza: Rómulo se debió aficionar á la loba que le daba el pecho. Esta aficion es al principio meramente maquinal. A todo individuo le atrae lo que favorece su bienestar, y le repele lo que le perjudica; esto no es mas que un ciego instinto. Lo que trasforma en afecto este instinto, en amor la aficion, la aversion en ódio, es la intencion manifiesta de perjudicarnos ó sernos útil. Nadie se apasiona por los seres insensibles que siguen el impulso que les han dado; pero aquellos de quienes esperamos daño ó beneficio en fuerza de su disposicion interna, de su voluntad, los que vemos que libremente obran en nuestro favor ó en contra nuestra, nos inspiran afectos análogos á los que nos manifiestan. Buscamos lo que nos sirve, pero amamos lo que nos quiere servir; huimos lo que nos perjudica, pero aborrecemos lo que quiere hacernos mal.

El primer afecto de un niño es amarse á sí propio; y el segundo, que del primero se deriva, amar á los que le rodean; porque en el estado de flaqueza en que se halla, solo conoce las personas por la asistencia y las atenciones que recibe. Primero la aficion que tiene á su nodriza y á su niñera no es mas que hábito; las busca porque las necesita, y porque se encuentra bien con ellas; es mas egoismo en él que benevolencia. Mucho tiempo es menester para que comprenda que no solo le son útiles, sino que quieren serlo; y entonces es cuando empieza á quererlas.

Por tanto, un niño es naturalmente inclinado á la benevolencia, porque ve que todo cuanto á él se acerca tiene propension á asistirle, y de esta observacion saca

el hábito de un afecto propicio á su especie: pero al paso que esplaya sus relaciones, sus necesidades, sus dependencias activas ó pasivas, se despierta el afecto de sus relaciones con otro, y produce el de las obligaciones y preferencias. Tórnase entonces el niño imperioso, celoso, engañador y vengativo. Si le obligan á que obedezca, como no ve para qué sirve lo que le mandan, lo atribuye á antojo, á intencion de atormentarle, y se enfurece. Si le obedecen á él, así que algo se le resiste, lo mira como una rebeldía, como una determinacion de hacerle mal; aporrea la silla ó la mesa, porque le ha desobedecido. El amor de sí mismo, que solo á nosotros se refiere, está contento cuando se hallan satisfechas nuestras verdaderas necesidades; pero el amor propio que se compara, nunca está contento ni puede estarlo, porque como nos prefiere este afecto á los demás, tambien exige que nos prefieran los demás á ellos, cosa que no es posible. De este modo nacen del amor de sí las pasiones cariñosas y blandas, y del amor propio las irascibles y rencorosas; de suerte que lo que hace al hombre esencialmente bueno, es tener pocas necesidades, y compararse poco con los demás; y esencialmente malo, el tener muchas necesidades y adherirse mucho á la opinion. Fácil es ver por este principio cómo se pueden encaminar á lo bueno ó á lo malo todas las pasiones de los niños y los hombres. Verdad es que no pudiendo siempre vivir solos, con dificultad vivirán siempre buenos, y que necesariamente crecerá esta dificultad aumentándose sus relaciones: y en esto particularmente los riesgos de la sociedad nos hacen mas indispensables la diligencia y el arte para precaver en el corazon humano la depravacion que nace de sus nuevas necesidades.

El estudio que conviene al hombre es el de sus relaciones. Mientras que solo se conoce por su ser fisico, se debe estudiar en sus relaciones con las cosas, que es el empleo de su niñez; cuando empieza á sentir su ser moral, se debe estudiar en sus relaciones con los hombres, que es el empleo de toda su vida, comenzando desde el instante á que hemos llegado.

Luego que necesita el hombre una compañera, ya no es un ser aislado, ni está solo su corazon. Con esta

nacen todas sus relaciones con su especie, y todas las afecciones de su alma; y en breve su pasion primera hace que fermenten todas las demás.

La inclinacion del instinto es indeterminada: un sexo es atraído hácia otro; este es el movimiento de la naturaleza. La eleccion, las preferencias, el cariño personal, son producto de las luces, las preocupaciones y el hábito: es menester conocimientos y tiempo para hacerlos *aptos* para el amor; solo despues de juzgar amamos, y no preferimos hasta haber comparado. Fórmense estos juicios sin que pensemos en ello, mas no por eso son menos reales. Digan lo que quieran, siempre honrarán los hombres el amor verdadero; porque, si bien nos descarrian sus arrebatos, y no excluye del pecho que le siente cualidades odiosas, ó á veces las engendra, no obstante supone otras apreciables, sin las cuales no fuera el amante capaz de serlo. Esta eleccion que dicen ser opuesta á la razon, proviene de ella. Al amor le pintan ciego, porque tiene ojos mas linceos que los nuestros, y ve relaciones que no podemos distinguir. Toda mujer seria igualmente buena para quien no tuviese idea ninguna del mérito ni la belleza, y la mas próxima seria siempre la mas amable. Tan lejos está de que venga el amor de la naturaleza, que es el freno y la regla de sus inclinaciones: por él, fuera del objeto amado, nada es un sexo con respecto al otro.

La preferencia que uno da, quiere alcanzarla; el amor debe ser mútuo. Para ser amado, es preciso hacerse amable; para ser preferido, es preciso hacerse mas amable que ningun otro, al menos á los ojos del objeto amado. De aquí la primera contemplacion de sus semejantes; las primeras comparaciones con ellos; la emulacion, las rivalidades, los celos. Lleno el pecho de un afecto que rebosa, anhela por verterse fuera; en breve de la necesidad de una dama nace la de un amigo. El que siente cuán suave es ser amado, quisiera que todo el mundo le amara; y cuando todos aspiran á preferencias, no puede menos de haber muchos mal satisfechos. Con el amor y la amistad nacen las disensiones, los odios y las maldades. Sobre tantas pasiones diversas, veo que se erige la opinion un trono incontras-

table, y que los estúpidos mortales, siervos de su imperio, fundan su propia existencia en ajenos juicios.

Ensanchad estas ideas, y vereis de dónde proviene á nuestro amor propio la forma que le es natural; y cómo cesando de ser un afecto absoluto, el amor de sí mismo, se convierte en altivez en los ánimos fuertes, en vanidad en los apocados, y en todos se alimenta á costa del prójimo. No teniendo germen esta especie de pasiones en el corazón de los niños, no pueden brotar por sí solas; nosotros somos los que las plantamos, y nunca echan en ellos raíces, como no sea por nuestra culpa. Mas no sucede lo mismo en el corazón del mancebo; hágase lo que se quiera, contra nuestra voluntad nacerán en él. Así que es tiempo de variar de método.

Empecemos con algunas importantes reflexiones acerca del estado de que aquí se trata. No ha determinado de tal modo la naturaleza el tránsito de la infancia á la pubertad, que en los individuos no varíe según los temperamentos, y en los pueblos, según los climas. Saben todos las diferencias que en esta parte se observan en los países fríos y en los cálidos, y ve cada uno que se forman los temperamentos ardientes antes que los demás; pero es fácil engañarse acerca de las causas, atribuyendo con frecuencia á lo físico lo que se debe imputar á lo moral; que es uno de los más frecuentes abusos de la filosofía de nuestro siglo. Lentas y tardías son las instrucciones de la naturaleza; las de los hombres casi siempre prematuras. En el primer caso, los sentidos despiertan la imaginación; en el segundo, la imaginación despierta los sentidos, y les da una precoz actividad, que no puede menos de enervar y debilitar primero á los individuos, y mas tarde á la especie. Mas cierta y mas general observación que la de la eficacia de los climas, es que siempre es mas temprana la pubertad y la potencia del sexo en los pueblos instruidos y cultos que en los ignorantes y bárbaros (1). Tie-

(1) «En las ciudades, dice Buffon, y entre la gente rica acostumbrada á alimentos abundantes y succulentos, llegan los niños antes á este estado; en el campo y entre la gente pobre, son mas tardíos, porque se alimentan poco y mal; necesitan dos ó tres años mas.» (*Hist. natu-*

nen los niños una rara sagacidad para penetrar por medio de los melindrosos adornos de la decencia las malas costumbres que encubren. El apurado estilo que les dictan, las lecciones de honestidad que les dan, el velo misterioso que afectan correr ante sus ojos, son cebos que incitan su curiosidad. Por el modo como obran con ellos, es claro que lo que fingen ocultarles, eso quieren que aprendan; y de todas cuantas instrucciones les dan, esta es la que mas les aprovecha.

Consultad la experiencia, y vereis hasta qué punto acelera este desatinado método la obra de la naturaleza, y estraga el temperamento. Esta es una de las causas principales de que degeneren las castas en las ciudades. Exhaustos muy en breve los jóvenes, se quedan pequeños, endebles, mal formados, envejecen en vez de crecer, como desfallece y muere antes del otoño la vid que forzaron á dar fruto en la primavera.

Es preciso haber vivido en pueblos rudos y sencillos, para saber hasta qué edad puede una venturosa ignorancia dilatar la inocencia de los niños. Un espectáculo que causa risa y ternura es ver ambos sexos entregados á la confianza de su corazón, en la flor de la edad y la hermosura prolongar los cándidos juegos de la niñez, y con su familiaridad misma manifestar lo puro de sus deleites. Finalmente, cuando llega á casarse esta amable mocedad, ambos esposos, que mutuamente se entregan las primicias de su persona, se quieren mas uno á otro; y una porción de hijos sanos y robustos son prenda de una unión que nada pue-

*ral del hombre.*) Admito la observación, mas no la aplicación, puesto que en los países donde los aldeanos comen mucho y viven muy bien, como en el Valois y en ciertos parajes montuosos de Italia, por ejemplo el Friuli, es tambien mas tardía que en los pueblos grandes la edad de pubertad, aunque en estos, por contentar la vanidad, muchas veces comen muy escasamente, y por comprarse una gala, no comen lo suficiente. Asombra en estas montañas el ver muchachos grandes, fuertes como hombres, que todavia tienen aguda la voz y sin bozo la cara, y muchachas altas, muy bien formadas, que no dan señal ninguna periódica de su sexo; diferencia que á mi ver únicamente proviene de que con la sencillez de sus costumbres, quedándose mas tiempo serena y tranquila su imaginación, pone mas tarde su sangre en fermentación, y hace menos precoz su temperamento.

de alterar, y fruto de la cordura de sus primeros años.

Si no menos por efecto de la educacion que por la accion de la naturaleza varía la edad en que adquiere el hombre la conciencia de su sexo, de aquí se infiere que puede acelerarse y retardarse esta edad segun el modo con que los niños se eduquen; y si gana ó pierde consistencia el cuerpo á proporcion que se retarda ó se acelera este progreso, tambien se comprende que cuanto mas nos apliquemos á retardarle, mas fuerza y vigor adquirirá un mozo. Todavía no hablo mas que de los efectos meramente fisicos; en breve veremos que los resultados no se ciñen á estos.

Saco de estas reflexiones la solucion de si conviene dar luz á los niños desde temprano acerca de los objetos de su curiosidad, ó si vale mas alucinarlos con modestos errores. Pienso que no conviene ni uno ni otro. En primer lugar, no les ocurre esta curiosidad sin haber dado motivo á ella; por tanto, se ha de hacer de manera que no les venga á la idea. En segundo, cuestiones que no está uno forzado á resolver, no exigen que engañemos al que no las propone: mas vale imponerle silencio que responderle con una mentira. Poco extrañará esta ley, si hemos tenido cuidado de sujetarle á ella en las cosas indiferentes. Finalmente, si nos resolvemos á responderle, sea con la mayor sencillez, sin misterio, sin empacho, y sin sonrisa. Mucho menos peligroso es satisfacer la curiosidad del niño, que incitarla.

Sean siempre graves, cortas, resolutivas vuestras respuestas, y no parezca nunca que vacilais. No es necesario añadir que han de ser verdaderas; es imposible enseñar á los niños el riesgo de que mientan á los hombres, sin que sientan los hombres el riesgo mas grave de mentir á los niños. Una sola mentira del maestro que él descubra, dió para siempre el traste con todo el fruto de la educacion.

En ciertas materias lo que mas convendria á los niños fuera una absoluta ignorancia, pero sepan muy temprano lo que no es posible esconderles siempre. Menester es que no se despierte de manera alguna su curiosidad, ó que se la satisfagan antes de la edad en que

no carece de peligro. En esta parte pendé mucho vuestra conducta con vuestro alumno, de su particular situacion, de las sociedades que frecuenta, de las circunstancias en que preveais que podrá hallarse, etc. Aquí importa no dejar nada á la casualidad; y si no estais cierto de lograr que hasta los diez y seis años no sepa la diferencia de los sexos, enseñádsela antes que cumpla los diez.

No me gusta que afecten con los niños un estilo muy apurado, ni que se hagan largos circunloquios, que conozcan ellos, por no querer llamar las cosas con su verdadero nombre. En estas materias las buenas costumbres siempre tienen mucha sencillez; empero mancillada la imaginacion con el vicio, torna delicado el oido, y fuerza á que se aclare sin cesar la expresion. Los términos toscos no tienen malas consecuencias; lo que hemos de huir son las ideas lascivas.

Aunque el pudor sea innato al linage humano, naturalmente no le conocen los niños. Con el conocimiento del mal nace el pudor; ¿y cómo han de tener un afecto que se origina de aquel, si no tienen ni deben tener este conocimiento? Darles lecciones de pudor y honestidad, es enseñarles que hay cosas torpes y deshonestas é inspirarles secreto deseo de saberlas. Tarde ó temprano se salen con ello, y la primer chispa que prende la imaginacion, infaliblemente acelera el incendio de los sentidos. Quien se sonroja ya es culpado, pues la inocencia verdadera de nada se avergüenza.

Los niños no tienen los mismos deseos que los hombres; pero expuestos, como ellos, á la suciedad que repugna á los sentidos, de esta sola sujecion pueden tomar las mismas lecciones de bien parecer. Seguid el espíritu de la naturaleza, que colocando en el mismo lugar los órganos de los secretos deleites y de las asquerosas necesidades, nos inspira las mismas atenciones en edades distintas, aquí por una idea, allá por otra; en la modestia al hombre; al niño por la limpieza.

Solo un medio eficaz veo para que conserven los niños su inocencia; y es que todos cuantos les rodean la amen y respeten, sin lo cual todo el recato que con ellos procuran usar, tarde ó temprano se desmiente; una

sonrisa, un guiño de ojos, un ademán que se escape, les dicen cuanto se esforzaban en callarles; pues les basta, para saberlo, ver que han querido esconderse. La delicadeza de expresiones y circunloquios que usan entre sí las personas cultas, como suponen luces que no deben tener los niños, es con ellos del todo impertinente; mas cuando honramos de veras su sencillez, con facilidad tomamos con ellos los términos que les convienen. Hay cierto candor de conversacion que sienta bien y place á la inocencia; y este es el verdadero estilo que desvia al niño de una peligrosa curiosidad. Hablándole de todo con sencillez, no le dejamos sospechar que algo mas quede por decirle. Juntando con las palabras torpes las ideas desagradables que anuncian, se ahoga el primer fuego de la imaginacion: no le vedamos que pronuncie estas palabras, ni que tenga estas ideas; pero sin que él lo piense, le infundimos repugnancia á que las recuerde. ¡Y de cuántos atolladeros saca esta libertad cándida á los que, tomándola en su propio corazón, siempre dicen lo que conviene, y lo dicen siempre como lo sienten!

¿Cómo se paren los niños? Cuestion peliaguda que naturalmente ocurre á los muchachos, y cuya discreta ó necia respuesta decide alguna vez de sus costumbres y salud, para toda su vida. El modo mas corto que imagina una madre para zafarse de ella sin engañar á su hijo, consiste en hacerle callar. Eso estaria bien, si de antemano le hubieran acostumbrado á ello en las preguntas indiferentes, y no sospechara que habia misterio en este nuevo estilo. Pero rara vez se ciñe la madre á eso. *Ese es secreto de las personas casadas*, le dirá: *los chicos no han de ser tan curiosos*. Muy bueno es eso para que salga la madre del paso: mas sepa que en revancha de esta especie de burla, no cesará el niño de indagar hasta saber el secreto de las personas casadas, y no tardará en aprenderle.

Permítanme referir una respuesta muy distinta que oí dar á la misma pregunta, y que me chocó mas porque salió de boca de una mujer tan modesta en sus razones como en sus modales, pero que cuando era necesario sabia hollar á sus plantas, en beneficio de su hijo

y en obsequio de la virtud, el infundado temor del qué dirán, y los fútiles donaires de los juglares. No hacia mucho tiempo que habia arrojado el niño con los orines una piedrecilla que le despedazó la uretra; pero se le habia olvidado el pasado mal. *Mamá*, dijo, ¿cómo se paren los niños? *Hijo mio*, respondió sin titubear la madre, *las mujeres los mean con dolores que á veces les cuestan la vida*. Ríanse los locos, escandalícense los necios; pero averigüen los sabios si hallarán respuesta mas prudente y que con mas acierto se encaminé al fin.

La idea de una necesidad natural y conocida del niño aparta de su imaginacion la de una operacion misteriosa; y las ideas accesorias de muerte y dolor envuelven aquella en un velo de tristeza que amortigua la imaginacion y enfrena la curiosidad: el espíritu se ocupa todo en las consecuencias del parto, y no en sus causas. Las dolencias de la naturaleza humana, objetos de asco, imágenes de sufrimiento, son las aclaraciones á que conduce esta respuesta, si la repugnancia que inspira, deja que el niño las pregunte. ¿Por dónde abrirán puerta á la inquietud de nacieses deseos diálogos dirigidos de esta manera? Bien veis, no obstante, que no se ha alterado la verdad, ni ha sido necesario engañar al alumno en vez de instruirle.

Vuestros niños leen, y en sus lecturas adquieren conocimientos que, si no leyeran, no tendrían. Si estudian, se inflama y aguza la imaginacion con el silencio del gabinete. Si viven en el mundo, oyen una extravagante jerigonza, ven ejemplos que les hacen eco: tanto les han persuadido que eran hombres, que todo cuanto hacen los hombres, luego averiguan cómo á ellos pudiera convenirles; menester es que les sirvan de pauta las acciones ajenas, pues que les sirven de ley los ajenos juicios. Los criados que de ellos penden, les halagan á costa de las buenas costumbres; nodrizas chistosas les dicen, cuando tienen solo cuatro años, dichos que la mas descarada no se atrevería á pronunciar delante de ellos, si tuvieran quince. En breve olvidan ellas lo que dijeron, pero ellos no olvidan lo que oyeron. Las conversaciones indecentes disponen á las costumbres de un hombre relajado: el lacayo bribon hace al niño

disoluto; y el secreto del uno, sirve de fianza al del otro.

El niño educado conforme á su edad, está solo: no conoce otras aficiones que las del hábito; á su hermana la quiere como á su muestra, y como á su perro á su amigo. No siente que es de sexo ninguno, de ninguna especie: igualmente extraños son para él el hombre y la mujer; nada de cuanto dicen ó hacen lo refiere él á sí propio; no lo ve ni lo oye, ó no pone en ello atención ninguna, ni le interesan sus ejemplos ni sus razonamientos: nada de esto hace impresion en él. Por este método no le inculco un artificioso error, déjole si en la ignorancia de la naturaleza. Llega tiempo en que cuida la misma naturaleza de dar luces á su alumno, y ya entonces le ha puesto en estado de aprovecharse sin riesgo de las lecciones que le da. Este es el principio: no es del caso circunstanciar las reglas, y pueden servir de ejemplo los medios que he propuesto con motivo de otros objetos.

¿Quereis establecer orden y regla en las pasiones nacientes? Ensanchad el espacio durante el cual se desenvuelven, para que tengan tiempo de irse colocando á medida que van naciendo. Entonces no las coordina el hombre, sino la naturaleza; y vuestra tarea se ciñe á dejarla que ponga en orden su trabajo. Si estuviera solo vuestro alumno, nada tendriais que hacer; pero todo cuanto le rodea inflama su imaginacion. Arrástrale el torrente de las preocupaciones, y para retenerle es fuerza empujarle en sentido contrario, que el sentimiento refrene la imaginacion, y que la razon ponga silencio á la opinion de los hombres. La sensibilidad es el manantial de todas las pasiones, y la imaginacion determina su corriente. Todo ser que siente sus relaciones debe comoverse cuando estas se alteran, y cuando imagina cree imaginar otras que mas se adaptan á su naturaleza. Los errores de la imaginacion trasforman en vicios todas las pasiones de los seres limitados, hasta las de los ángeles, si los hay, pues para que supiesen qué relaciones se adaptan mejor á su naturaleza, fuera preciso que conociesen la de todos los seres.

Por tanto, todo el compendio de la humana sabidu-

ria con respecto á las pasiones, se cifra: 1.º, en conocer las verdaderas relaciones del hombre, tanto en la especie como en el individuo; 2.º, en coordinar, conforme á estas relaciones, todos los afectos del alma.

¿Pero es árbitro el hombre de coordinar sus afectos segun tales ó cuales relaciones? No cabe duda, como pueda dirigir su imaginacion á tal ó cual objeto, ó de darle tal ó cual hábito. Además; no tanto tratamos aquí de lo que un hombre puede hacer en sí mismo cuanto de lo que podemos hacer con nuestro alumno, eligiendo las circunstancias en que le hayamos de colocar. Explicar los medios á propósito para mantenerle en el orden de la naturaleza, es decir de qué modo puede salir de él.

Mientras que permanece su sensibilidad ceñida á su individuo, no hay cosa alguna moral en sus acciones; solo cuando se comienzan á esplayar fuera de él, toma primero los afectos, y luego las nociones del bien y el mal, que le constituyen verdaderamente hombre y parte integrante de su especie. Así que desde luego es preciso parar en este primer punto nuestras observaciones. Estas son dificultosas, porque para hacerlas es menester desechar los ejemplos que á la vista tenemos, é indagar aquellos en que se efectúan, conforme al orden de la naturaleza, los desarrollos sucesivos.

Un niño amoldado, culto, civilizado, que solo espera la potencia para poner en práctica las instrucciones que ha recibido, nunca se engaña acerca del instante en que le viene esta potencia. En vez de aguardarla, la acelera; excita en su sangre una precoz fermentacion; mucho antes de sentir deseos, sabe cuál debe ser el objeto de ellos. La naturaleza no le excita, sino que él la fuerza; nada tiene aquella que enseñarle cuando le hace hombre, que ya lo era por el pensamiento mucho antes de serlo en realidad.

Mas lentos y mas graduales son los pasos de la naturaleza. Poco á poco se inflama la sangre, se elaboran los espíritus, y se forma el temperamento. El sabio artífice, que dirige la fábrica, está atento á perfeccionar todos sus instrumentos antes de ponerlos en accion: antecede á los primeros deseos una larga inquietud, los

alucina una larga ignorancia, y desea uno sin saber qué. Agitase y fermenta la sangre; procura brotar fuera cierta superabundancia de vida. Anímanse los ojos y recorren los demás seres; empieza el mancebo á interesarse por aquellos que tiene cerca y á sentir que no fué formado para vivir solo: así se abre el corazon á los afectos humanos, y se hace capaz de cariño.

El primer afecto de que es capaz un jóven criado con esmero, no es el amor, es la amistad. El primer acto de su naciente imaginacion es manifestarle que tiene semejantes, y antes que el sexo le mueve la especie. Esta es otra utilidad que se saca de prolongar la inocencia; aprovecharse de la naciente sensibilidad para sembrar en el corazon del mancebo las primeras semillas de la humanidad. Beneficio tanto mas precioso, cuanto este es el único tiempo de la vida en que pueden las mismas solicitudes coger ópimos frutos.

Siempre he visto que los mancebos estragados desde temprano, y abandonados á las mujeres y á la disolucion, eran inhumanos y crueles; hacíalos impacientes, vengativos y furiosos la fogosidad de su temperamento: llena su imaginacion de un objeto solo, se negaba á todo lo demás; no conocian compasion ni misericordia, y al menor de sus deleites hubieran sacrificado padre, madre, y el universo entero. Por el contrario, al mozo educado con una feliz sencillez, le incitan los primeros movimientos de la naturaleza á las tiernas y afectuosas pasiones: su compasivo corazon se conmueve con las penas de sus semejantes; se estremece de placer cuando vuelve á ver á su camarada; saben sus brazos estrecharse en lazos de cariño, y sus ojos verter lágrimas de ternura; si desagrada, siente vergüenza, si ofende, desconuelo. Si le hace vivo, arrebatado, iracundo una sangre que se inflama, descubre, pasado un instante, toda la bondad de su corazon en la efusion de su arrepentimiento; llora, gime por la herida que ha hecho; á precio de su sangre querria rescatar la que ha vertido: apágase todo su arrebató; y toda su altivez se humilla ante la conciencia de su yerro. ¿Ha sido él el ofendido? En la vehemencia de su enojo, una disculpa, una palabra, le desarma; perdona los agravios ajenos

con tan buena voluntad como resarce los suyos. No es la adolescencia la edad de la venganza ni de la enemistad, sino la de la conmiseracion, la clemencia y la generosidad. Si, lo sostengo y no temo que me desmienta la experiencia: un niño que no es de mala índole, y que hasta los veinte años ha conservado su inocencia, á esta edad es el mas generoso, el mejor, el mas amante, y el mas amable de los hombres. Nunca os dijeron tal cosa; bien lo creo: educados vuestros filósofos en toda la corrupcion de los colegios, están muy distantes de saber eso.

La flaqueza del hombre es la que le hace sociable; nuestras comunes miserias son las que excitan nuestros corazones á la humanidad: nada le deberíamos si no fuéramos hombres. Todo cariño es señal de insuficiencia; si no tuviera cada uno de nosotros necesidad de los demás, nunca pensaria en unirse con ellos. Así de nuestra misma enfermedad nace nuestra dicha frágil. Un ser verdaderamente feliz es un ser solitario; Dios solo disfruta de una felicidad absoluta; pero ¿quién de nosotros se forma idea de ella? Si un ser imperfecto se pudiera bastar á sí propio, ¿de qué, segun nosotros, disfrutaria? Estaria solo, y seria miserable. No concibo que el que nada necesita pueda amar algo, ni que el que nada ama pueda ser feliz.

De aqui se sigue que nos aficionamos á nuestros semejantes, no tanto por el sentimiento de sus contentos, cuanto por el de sus penas; porque en estas vemos mejor la identidad de nuestra naturaleza, y la fianza del cariño que nos tienen. Si nos unen por interés nuestras necesidades comunes, por afecto nos unen nuestras miserias comunes. Menos amor que envidia inspira á los demás la presencia de un hombre feliz; con gusto le echaríamos en cara que usurpa un derecho que no tiene, gozando de una felicidad exclusiva; nuestro amor propio tambien padece, haciéndonos ver que este hombre no necesita de nosotros. Empero, ¿quién no se compadece del desgraciado que vé sufrir? ¿Quién no le quisiera librar de sus males, si sólo un deseo bastara para ello? La imaginacion, mas nos hace poner en lugar del miserable que del hombre feliz, y sentimos que el pri-



mero de estos estados nos atañe mas de cerca que el último. Dulce es la piedad, porque sustituyéndonos al que padece, sentimos, no obstante, la satisfaccion de no padecer como él; y amarga la envidia, porque la presencia de un hombre feliz, lejos de subrogar al envidioso en su lugar, le causa el desconsuelo de no verse en él. El uno parece que nos exime de los males que sufre, y el otro que nos priva de los bienes que disfruta.

Por tanto, si quereis excitar y mantener en el pecho de un mozo los primeros movimientos de la naciente sensibilidad, y enderezar su carácter hácia la beneficencia y la bondad, no hagais brotar en él, con la engañosa imágen de la felicidad humana, la soberbia, la vanidad, la envidia: no espongais á sus ojos la pompa de las córtes, el fausto de los palacios, los atractivos del teatro; no le lleveis á las tertulias y las brillantes asambleas; no le hagais ver lo exterior de la alta sociedad hasta que le hayais puesto en estado de que la aprecie por sí propio. Enseñarle el mundo antes que conozca á los hombres, es extragarle y no formarle, engañarle y no instruirle.

Los hombres no son naturalmente ni reyes, ni potentados, ni cortesanos, ni ricos: todos nacieron pobres y desnudos, sujetos todos á las miserias de la vida, á los pesares, á los males, á las necesidades, á toda especie de duelos; condenados, en fin, á muerte. Esto sí que es propio del hombre; de ello no está exento ningun mortal. Así, empezad estudiando en la naturaleza humana lo que de ella es mas inseparable, lo que mejor constituye la humanidad.

A los diez y seis años sabe el mancebo qué es sufrir, porque ya ha sufrido; mas apenas sabe que tambien sufren otros seres, pues verlo sin sentirlo no es saberlo; y como cien veces he dicho, el niño que no imagina lo que sienten los demás, no conoce otros males que los suyos propios. Mas cuando el primer desarrollo inflama su imaginacion, empieza á sentirse en sus semejantes, á moverse con sus querellas, á padecer con sus duelos. Entonces la triste pintura de la humanidad doliente, debe excitar en su pecho la ternura primera que haya experimentado.

Si no es fácil notar este instante en vuestros hijos ¿de quién os quejais? Tan presto los enseñais á que finjan afectos, y les haceis que hablen su idioma, que, como siempre os explicais en el mismo estilo, vuelven contra vosotros mismos vuestras lecciones, sin dejaros medios ningunos para que distingais. cuando habiendo cesado de mentir, empiezan á sentir lo que dicen. Ved, empero, á mi Emilio: de la edad á que le he conducido, ni sintió, ni mintió jamás. Antes de saber qué es querer, á nadie ha dicho *yo te quiero*; no le han prescrito qué semblante habia de poner cuando entrara en el cuarto de su padre, su madre ó su ayo enfermos; no le han enseñado el arte de afectar la tristeza que no tenia. No ha fingido que lloraba la muerte de nadie, porque no sabe qué cosa es morir. En sus modales descubre la misma insensibilidad que hay en su corazon. Indiferente para todo, menos para sí, como todos los niños, por nadie se toma interés; y lo que le distingue de los demás, es que no afecta que se le toma, y no es falso como ellos.

Habiendo Emilio reflexionado poco acerca de los seres sensibles, tarde sabrá qué es padecer y morir. Empezarán á agitar sus entrañas los quejidos y los gritos; la vista de la sangre que corre le hará volver los ojos; gran angustia le causarán las convulsiones de un animal moribundo, antes que sepa de dónde le vienen estos nuevos movimientos. No los tendria si hubiera permanecido bárbaro y estúpido; si estuviera mas instruido sabria cuál es su fuente: ya ha comparado sobradas ideas para no sentir nada, y no las bastantes para concebir lo que siente.

Así nace la piedad, primer afecto relativo que mueve el pecho humano, segun el orden de la naturaleza. Para tornarse piadoso y sensible, menester es que sepa el niño que hay seres semejantes á él, que padecen lo que ha padecido, que sienten los dolores que ha sentido, y otros de que debe tener idea como que tambien puede sentirlos. Y efectivamente, ¿cómo nos dejamos mover de la piedad, sino es trasladándonos fuera de nosotros, identificándonos con el ser que padece; dejando, por decirlo así, nuestro ser por tomar el suyo?